

SELE
 TODOS LOS JUEVES
 DIRECTOR-FUNDADOR
 Dto Porillan Buxó
 NUMEROS ATRASADOS
 á doble precio.
 NÚMERO SUELTO
 15 céntimos.
 30 CÉNTIMOS
 NUMERO DOBLE
 SUSCRIPCIONES
 En Madrid. — No se admiten por menos de 6 meses, 20 rs., ó un año, 36 rs.
 DIRECCION
 Calle del Príncipe, 12
 3.º de la derecha.



SUSCRICION COMBINADA
 CON EL DIARIO
 LA CORRESPONDENCIA
 DE ESPAÑA
 PROVINCIAS
 3 meses, 6 pesetas; se-
 mestre, 12 pesetas; año,
 24 pesetas.
 EXTRANJERO
 Un año, 48 francos, oro.
 ULTRAMAR
 Un año, 10 pesos fuertes.
 PARA MADRID
 no hay
 SUSCRICION COMBINADA
 EN MADRID, sala
 de prensa en
 PROVINCIAS
 3 meses, 3 pesetas; 6
 meses, 6 pts.; un año,
 11 pesetas.
 EXTRANJERO
 Un año, 25 francos.
 ULTRAMAR
 Año, 7 pesos fuertes.
 ADMINISTRADOR
 ENRIQUE ZUMEL
 Príncipe, 12, 3.º dcha.

ORGANA POLÍTICA DEMOCRÁTICA

Aviso general.

El jueves 22 no se publicó número de LA BROMA: era Jueves Santo y seguimos la práctica establecida por la prensa.
 Así contestamos la multitud de cartas que nos han sido dirigidas.

LOS MUÑECOS DE HOY

Inauguración de la temporada político-aurina. — MATRIMONIOS. — Mateo (a) el Riojano; Arsenio Martínez (a) Agarrado; Justo Pelayo (a) Zuleas; SOBRESALIENTE DE ESPADAS, sin perjuicio de banderillar los biñños que le correspondan; Vicente Román (a) Ojitas Ilustradas.
 BANDERILLEROS. — Viruta, Gaspar (a) las Morenas (a) Tardío; Segismundo Regotes (a) Pasta; Nora; Getmán. Bando-Rin (a) Romulo.
 PICADORES. — Manuel, Alonso (a) Somediente; Pepe Ruiz (a) Plimenco.
 MULLEROS. — Francisco Serrano (a) Folleto; José del Espín (a) Orejitas.
 Los retratos son del natural.

SEMANA POLITICA

No me hablen ustedes. Estoy realmente afligido y consternado. No por lo del conflicto entre el Sr. Loren y el general Prandergast; es decir, entre el ministro de Ultramar y el de la guerra, que me revuelven a todos los de la situación, grandes y pequeños.
 En España surge cada paso un conflicto, con la misma facilidad que en el monte salta un conejo, y por conflicto más a menudo yo me asustamos.
 Vean ustedes, ¿cómo se ha alarmado nadie por el conflicto en que nos tenemos pasados un año, que desde el punto de vista se van vomitando todo género de impropios y sandeces contra los liberales italianos. Nada; se sigue en un marcello primer italiano que recibiste, y en paz de la ciudad.
 ¿Esto que al predicador no se le ha dado todavía una mitra, pero ya no le darán. ¿Para quién han de ser las mitras sino para los celosistas hidrófobos?
 Lo que es ese asunto me tiene a mí sin cuidado, sabiendo que Romero Girón es ministro de Gracia y Justicia, y que tarde ó temprano premiará los merecimientos del padre Cobos o Bocos.
 Lo que me tiene consternado es otra cosa; el ver que la izquierda diplomática ha destronado ó va á destronar á su insigne jefe el duque de la Torre, mandándole á la reserva sedentaria.
 Ese es el premio que se reserva en España para los grandes servicios; la reserva, la jubilación, la anulacion, el olvido, el ostracismo del cortijo.
 Si, los de la izquierda han enviado al duque al cortijo y despues de encortijarlo tratan de nombrar otro jefe.
 ¡Ah, ingratitud!... ¡qué partidas tienes tan serranas!
 ¿A quién se lo debe, todo la izquierda sino al egregio duque? ¿quién sino él la sacó de la nada? ¿qué hubieran sido sin él los Corcuera y los Gonzalez Fiori?
 Hubieran sido toda su vida menos de Canamaques.
 El, nuevo Moisés, los sacó de la servidumbre de Egipto, es decir, de la tiranía de Sagasta; los hizo pasar en seco el Mar Rojo de la vergüenza y los llevo al desierto de la oposición, en el cual tendrán que pasar cuarenta años para que se cumplan las profecías.
 Allí los ha alimentado con el maná de las promesas, que al marqués de Saldón le pareció tan insipido, cuando á los pocos días lo cambió por el succulento manjar de una vicepresidencia con champignon.
 Y despues que tanto ha hecho por ellos, y les había dado... su palabra de llevarlos á la tierra de promision, en la cual se cogen al año tres cosechas de credenciales, los

muy ingratos quieren arrinconarle, y repartir sus investiduras entre Moré, Montero Rios y Lopez Dominguez.
 ¿Como puede prosperar un partido que comete semejante felonía?

¿Pero han llegado ellos siquiera á comprender quién es el duque de la Torre? ¿Han apreciado por ventura lo que tenían dentro de su casa?

No, ciertamente; y para que se arranquen y se mesen los cabellos, yo sé lo voy á decir, no con mi lenguaje rudo y desaliado, sino con el testimonio elocuente de un periódico que se publica en Paris y que se titula *El Hispano-Americano*.

El cual periódico, en su número del 22, — no puedo servirle más fresquito, — dice así:

«¿Qué le debe España? (*Habla el duque*). Malos y malos ejemplos en la milicia, en el Gobierno, en los dolorosos episodios de su vida privada, sacados á luz por un folletista, corroborados por sus réplicas flojas, ilógicas, antigramaticas...» (*Esto va con usted, señor Chinchilla*).

«Que haría en la gobernación del Estado? ¿Qué planes realizaría? ¿Qué progresos? Responda la historia de medio siglo: no hay motín donde no se encuentre ese personaje, al frente de él, ó á retaguardia.»

Y sigue el periódico de Paris:

«Por lo mismo que el general Serrano ha sido todo lo que hay que ser en nuestra patria, es probable que no vuelva más á la cumbre donde se asientan los gobernantes... ¿Y para qué volvería al poder el general Serrano? Todos los partidos políticos, todas las banderías intriganter le conocen como de casa, porque donde quiera ha militado guiado siempre por la codicia del mando. No hay quien no pueda imputarle, por lo menos una inconsecuencia...»

¿Y de un jefe como éste, pregunto yo ahora, quieren prescindir los hombres de la izquierda? ¿Que jefe más digno podían encontrar esos allegadizos sacados de todos los partidos?

Bien sé yo quién se alegrará de todas esas cosas. Mi amigo Mateo, que siempre ha sido un envidioso de las glorias y de la fortuna del duque, en cuya escuela política se ha educado.

¿De quién ha aprendido todas sus inconsecuencias y aquel decir lo contrario de lo que se siente? ¿De quién ha tomado ejemplo en lo de prometer y no cumplir? ¿Quién le ha enseñado á estrechar afectuosamente la mano de aquel mismo á quien el día antes quería fusilar?

Su maestro en supercherías y dobleces: aquel á quien un día reverenció como á jefe, para suplantarle despues en la jefatura.

Mateo tiene mucho malo, es verdad, pero todo lo ha aprendido del maestro con quien estudió los rudimentos de la ciencia política.

Hasta le ha tomado el estilo en lo de deshacerse de un competidor que le hacia sombra. Y le ha herido con la propia estocada que le enseñó.

¿Qué quieren ustedes esperar de una situación gobernada por un discípulo del duque?

Dé las gracias al del tupo á que no tiene á su lado discípulos que puedan jugarla de puño como él se la jugó á su maestro.

Porque el general de Sagunto es un alma de Dios, y de la herencia de Salomon no le tocó nada. Es el pobre, á pesar de su malicia, tan corto de alcances, que no se puede temer que haga con su protector lo que O'Donnell hizo con Espartero en 1836.

Pues ¿y el marqués de la Viruta? ¿tendrá trastienda para echarle la zancadilla?

¡Infeliz marqués! ¿Si hasta voy creyendo posible que muera políticamente á manos de Eduayen y del marqués de Molins!

¿Podrá temer Mateo las rivalidades de Gullón?

¿O la diplomacia acartonada de Pelayo Cuesta?

¿O la dialéctica de Romero tiron?

¿O los endecasílabos de Nuñez de Arce?

¿O la gramática parda de Gamazo?

Vamos, Mateo; te digo que eres el hombre más afortunado del mundo. No hay á tu alrededor quien pueda hacerte sombra.
 La verdad, tú eres de poca talla... ¡pero son los que te rodean tan chiquiritines!...

LA BODA DEL NIÑO

IX

Juntos vivieron los recién casados un par de meses, bajo el propio techo, más por graciosa muralla separados, en la misma cama que en el lecho; rara vez se veían, y apenas un saludo se cambiaban; las ocasiones de encontrarse huían, y bien claro en su trato revelaban la triste situación en que vivían. Aunque sea inocente, la mujer es mujer; desciende de Eva, y aquello que no sabe, lo presiente y lo adivinarlo todo prontamente su vivaz fantasía al fin la lleva. A la cándida virgen que se casa, nadie el misterio del amor suave le explica... y sin embargo, ella lo sabe, por el afán inquieto que la abrasa. La joven desposada de esta historia, no de repente penetró el secreto; pero una fiel sirvienta que tenía casada, con lenguaje algo indiscreto le instruyó en lo que apenas presentía; y al caer la venda de sus ojos, comprendiéndolo ella, tuvo que confesarla entre sonrojos que áun despues de casada, era doncella. — ¿Por qué? — le preguntó la otra alarmada. — Dejarme que me asombre; ¿de vuestro esposo estais tan despreciada? ¿qué razon puede haber?

— Yo no sé nada, sino que él mismo dice... que no es hombre. Figúrate, lector, cuánta extrañeza á la sirvienta fiel le causarían estas palabras, dichas con tristeza; y calcula tambien lo que hablarían despues la señorita y la criada, una afligida, y otra horrorizada.

Al otro día, la gentil duquesa abrió de sobremesa una carta lacónica y sentida en aquellas palabras concebidas...

«Señora; perdonad si á pesar mio hoy me veo obligada á declararme victima engañada de un lamentable error ó un plan sombrío. El hijo que me disteis por esposo, me ha confesado todo ruboroso que sólo tiene de hombre la apariencia. Ved si podré sufrirlo con paciencia. Yo creo que será lo más derecho deshacer sin escándalo lo hecho. Rompamos por absurdo é imposible este enlace risible.

Volvedme pues, mi libertad querida y os quedaré por siempre agradecida.»

Devolver á la victima inocente su libertad, no es cosa que resiste la duquesa excelente; bien se le alcanza que razon le asiste, y en ello no podría inconveniente si con la libertad en las acciones, no se le devolvieran los millones.

¡A rranear los millones de sus brazos! ¡Primero salte el mundo hecho pedazos!

Con la carta insolente y atrevida y con el ademán majestoso, de una reina ofendida va la duquesa al cuarto de su esposo que la recibe inquieto y temeroso.

— ¡Mirad, lo dice, entre indignada y fiera, mirad, lo que me escribe vuestra nuera! El duque lee la carta atentamente, y como del secreto está en la clave contesta brevemente con voz de desaliento: — «El caso es grave. Hay que impedir que cunda el escándalo y burla entre la gente,

LA BROMA.



TORERO POLITICO. Paseo de la cuadrilla.

IMP. Y LIT. N. GONZALEZ, MADRID.

y mi reputacion así se hunda.
Si la chica, llevada del demonio,
en su querrela natural se obstina,
no hay más que deshacer el matrimonio
con prudencia y reserva, á la sordina.
—Discurras, señor duque, como un zote....
¿no veis que habrá que devolverle el dote?
¿Y qué, he pasado yo tantos apuros
para pescar ese millon de duros
y venir á soltarlos
antes de los dos meses de atraparlos?
No puede ser, no quiero;
yo necesito todo ese dinero.
Vos que tenéis monita y don de gentes
escribidle á seguida á esa chucuela
con palabras melosas y prudentes;
y si persiste luego y se rebela,
yo tomaré el asunto á mi cuidado
y os prometo dejarle asegurado.
Lector, lo que me queda por contarle,
pide punto y aparte.
En mi desco de agradar á fia,
y dejemoslo aquí para otro día.

TROTOS.



Dos banquetes se celebraron el lunes 26 en el nuevo restaurant *Obispo-Ayala*, y los dos tuvieron por objeto honrar al insigne novelista Sr. Perez Galdós. Conste que fuimos los primeros en elogiar á los iniciadores del banquete. Asistimos al almuerzo, ó *fiesta económica de á 3 pesetas por barba*, y salimos de ella muy complacidos. Perez Galdós fue saludado con una salva de aplausos que se prolongó durante algunos minutos, mientras el autor de esa *hembra del Quijote* que se titula *La Desheredada*, recorria el estrechísimo é incómodo salon del restaurant nuevo, que parece una jeringa, y Vds. perdonen la comparacion.

En cuanto al banquete ó comida de cinco duros por cubierto, LA BROMA subió una, casi pesada. Figúrense Vds. que en cuanto se anunció que en la librería del Sr. Fé se recibían las adhesiones y las 25 pesetas, acudimos presurosos, pagamos en moneda de buena ley, y recibimos la papeleta de consignacion en lista, que entonces era poco numerosa, pues aquel día no pasaban de quince los inscritos.

Después, el sábado 24, cambiamos el recibito provisional por el elegante tarjeton dibujado por Melida, pasaporte que habia de darnos acceso al comedor y puesto en la mesa.

Llegó el día feliz y la hora anunciada, que eran, el lunes 26 y las siete y media de la noche.

Un *bromista* de esos que todo lo critican, nos entretuvo pocos minutos en la esquina de la Carrera de San Jerónimo, diciéndonos si el banquete habia de estar mal organizado, si el local no era apropiado, si no habia guardarropa, si esto y lo otro y lo demás allá... Tratamos de convencerle de que ninguna de sus criticas era fundada; y á las siete y treinta y cinco minutos presentamos nuestro billete, y entramos en el cráter del volcan, digo, en el comedor del *restaurant-jeringuilla*.

Estaba lleno de bote en bote; ó el número de los contribuyentes no estaba bien calculado, ó no se contaba con las condiciones del salon; le recorrimos pasando la pena negra, codeándonos con los mozos que apenas podían reclinarse; buscamos un puesto, una silla, un espacio que no tenia que ser de grande anchura, dado el corte de nuestra flaca humanidad... ¿Qué si quieres!

—Por aquí no hay sitio... pase Vd. más allá.

—Abajo hay un clarito; aprovéchale.

—Arriba es donde hay lugar; sigue de frente.

—Por aquí, por allá, á la derecha... á la izquierda.

Esto nos decían unos y otros; y cruzamos *dos veces* el comedor, sin averiguar quien estaba encargado de designar los puestos á los que habíamos pagado, ni quien habia de dirigir la instalacion de los comensales.

En resumen; todos comían con el mejor apetito, y no habia comision que se dignara indicar el medio de dar asiento á un comensal que se habia retrasado algunos minutos. A todo esto, y para mayor *broma*, un camarero que conducía un cargamento de platos llenos de ostras... ya desahucadas, se obstinó en pasar por el estrecho hueco que habia entre la pared y los respaldos de las sillas; le rogamos que retrocediera para dejarnos libre la salida; no pudo ó no quiso hacerlo; empujó con su pirámide de platos, y éstos rodaron junto á una puerta. La cual abrimos para buscar la calle, como en efecto la buscamos; y renunciando al gusto de comer en honor de Perez Galdós, ya que en su honor habíamos almorzado por 3 pesetas, añadimos algunas á las 25 malogradas, y pasamos la chacota en otro restaurant.

Decimos todo esto, caballeros, para que otra vez, cuando se organicen fiestas tan simpáticas como las que el día 26 se celebraron, se haga lo que es de usanza en todas partes: nombrar una comision que la dirija, hasta en los más pequeños detalles, para evitar que un ciudadano que padece del estómago y paga sus cien reales como cada hijo de vecina, tenga que privarse del gusto de comer, y del recuerdo de haber asistido al banquete, queriendo y pudiendo estar en él.

Ahora, si la comision cree justa la devolucion de las 25 pesetas que abonamos al Sr. Fé, y de las cuales no hemos hecho más consumo que el tarjeton para la entrada, puede enviarlas á la casa de Socorro del distrito del Congreso ó á la de Maternidad, ó regalar con ellas un objeto de arte al arrogante cura Bocos, el célebre guerrillero oratorio de San Sebastian.

Y en paz.



No hay que apurarse: el número monumental está ya en estampacion; pero como se trata de una edicion de muchas resmas, y son seis las tiradas en colores, requiere bastantes dias para que todo salga á pedir de boca.

La lámina se refiere á la campaña de nuestro periódico sobre *La Boda del Niño*, y es debida al lápiz de Saenz Hérniz, por otro nombre, *Mecachis*.

Se reciben notas de los pedidos.



Dice un periódico, que ni aun despues de aprobada en la Cámara popular la fórmula votada en el Senado para el juramento, tomará asiento el Sr. Montero Rios en el Congreso.

Parece—añade el colega—que aun despues de esto quedan algunos escrúpulos al jefe civil de la izquierda dinástica.

Si, D. Eugenio es muy escrupuloso.

Una especie de Mifluz, que no sabe si comerse el asador.



Una noticia que corre:
Vuelve el duque de la Torre.

Y yo me atrevo á decir
que ya le vemos venir.

Viene el hombre decidido
á organizar su partido.

Y hoy me dijo don Manuel:
¿Y quien lo organiza á él?



El alcalde de Madrid saldrá mañana para los Santos de la Humosa.

Es un señor que está saliendo todos los dias.
Mas que alcalde, parece una paloma mensajera.



Dícese que hay inteligencia entre los partidarios de Beranger y los de Sardoal.

Pero ¿tienen eso?



Ya llegó el señor Loren;
está bien:
pero llegó disgustado,
porque perdió en una hora
su plaza el infortunado.
¿Todo lo comprendo ahora!



La diputacion provincial ha elegido á los Sres. Villalon y Prasilla para asistir á la ceremonia del enlace de la Infanta.

Villalon á troche y trote
se irá por la villa;
en cuanto al señor Prasilla,
ma alegrará que se abroche.



Al patriarca de las Indias me le van á hacer obispo de Huesca.

Y un periódico dice que seria bueno consultar antes al padre Gabino, para que dé su consentimiento.

El padre Gabino es aquel capellan de la Encarnacion que prohibió la entrada en la Iglesia al patriarca, y se salió con la suya.

Ahora, si se le ocurre quedarse con la mitra, se queda. Porque él es así.



Becerra y Balaguer, que están ahora á partir un piñon, y vienen á ser los hermanos siameses de la izquierda, conferenciaron con Rosada Herrera, á fin de que la discusion del juramento comience cuando antes.

Cualquiera creeria que les imponía algo eso del juramento.

Vamos á ver; figúrenosnos que mañana viene Carlos sé-timo y les dice:

—Voy á formar ministerio y os necesito; pero tenéis que jurar que Gabino Tejado es el primero de nuestros guapos.

—¿Lo juráis?

—Sí juramos! dicen ellos, inmediatamente.
Y se abalanzan á las carteras como un río de hombre.

—Sí, sí, vayanse y déjenlos con escrúpulos de conciencia!



Sagasta se ha mejorado.
No fué más que un constipado
producido por el fraque.
Felicito á Cañamaque
que salió de su cuidado.



El ayuntamiento ha votado 10.000 pesetas para la funcion teatral, con que se solemnizará el matrimonio de la Infanta.

Perfectamente.

Y la Necrópolis que se va á hacer.



El Etna continúa vomitando llamas.
Hay quien cree que tiene dentro una docena de izquierdistas desesperados.



Pero ¿cómo me cobro veven en las haciendas, caballeros! Leamos:

«Ayer cantó su primera misa en el templo de Santa María el escritor y abogado D. Gregorio Perogordo.»

Ahora, dirijo los ojos al cielo y me abstraigo...



Tres mil personas serán invitadas al baile de Palacio.

¿Tres mil personas?...
¿Pues que bailen!



Dice un periódico benévolo:

«El director de Telégrafos se ocupa activamente del arreglo del personal de aquel cuerpo. A lo que parece, pone el dedo en la llaga.»

Con que ponga el dedo en la llaga y no ponga los telégrafos puntualmente en manos de los destinatarios, bastante hemos adelantado.



Hay sujetos terribles, y sinó veamos lo que dice un periódico de la situacion:

«En la plaza Mayor fué detenido ayer tarde un sujeto que estaba promoviendo un gran escándalo y promoviendo

un gran escándalo y profiriendo insultos á las altas instituciones del Estado.»

Total, dos escándalos, y varios insultos.

A un hombre así no debe llamársele *sujeto*; mejor seria llamarlo Bocos.

BOS PIELES Y TRES MANGUITOS

(Sucesos aristocráticos.)

I.

Cierto marqués, de título *Sagrado*, marchó á San Petersburgo destinado; y una bella duquesa cotorrana, que siempre acreditó ser muy gorriona, le encargó un par de pieles escogidas, de esas que se colocan extendidas, luciendo forros de vistosas telas en muchas elegantes carretelas. Deferente el marqués, que comprendia lo que esta comision le suponía, y no siendo mezquino, aceptó aquel *sabazo* yemenino. Compró dos ricas pieles, las mejores que pueden trabajar los curtidores; y en la peletería, adquirió tres manguitos, que queria juntar, aprovechando la remesa: uno, para su esposa la marquesa, (residente en Madrid) y los restantes para otras dos señoras elegantes, ramas del propio tronco aristocrático al cual pertenecía el diplomático. (Perdonarán ustedes el estilo que al verso doy, por no soltar el hilo, y evitar que se enrede la madeja de esta rara y verídica historia.) Tal es la exposicion en que me fundo, y vamos al capítulo segundo.)

II.

Desíale el marqués á la duquesa: —«Mi siempre cara amiga (¡chúpate esa! esto lo añado yo): Con sumo agrado, su encarguito de usted he despachado. Nada me diga usted sobre su importe, ni tampoco de gastos de transporte; es un recuerdo que mi afecto expresa... (esto ya lo sabia la duquesa). Pero he de molestarla, pues incluyo en el paquete suyo, tres soberbios manguitos de piel de oro, que á mi familia envío cariñosos; haga usted el favor de recibirlos, y en seguida que lleguen, trasmitirlos á mi esposa y su amiga, la marquesa, á quien hoy notifico la remesa. Por aquí nada ocurre de notable... con que beso á usted todo lo besable, y nada más por hoy... Punto, firmado, la rubrica y el título SAGRADO.» Tal fué la carta que entregó el cartero, y vamos al capítulo tercero.

III.

Llegó bien el paquete: la duquesa, mandó enganchar, y pasó muy tiesa luciendo por doquiera, día y noche, cada vez una piel... de las del cephe. Trascurrieron dos dias, tres, y cuatro: se la vió en el Retiro, en el Teatro; y en el Prado, una máscara burlesca le dijo con malicia escarrona: —«Sabes lo que se cuenta por la villa? Pues circula una habilla: ¡dicen que ya Sagasta se ha cortado el pelo que tenia, y te lo ha dado!» Trascurrió otra semana; se la vió por la Fuente Castellana, y un maestro de escuela dijo al mirar la muelle carretela: —«¡Ay! ¡Dios! por esa piel... ¡cuánto daría! ¡Si quisieran cambiarla por la mía!» Pero ya á mi lector oigo que á critas me pregunta: «¿Qué fue de los MANGUITOS?» A eso vamos, señor, pero con arte, que es preciso poner punto y aparte.

IV.

Pasó mucho más tiempo; y una noche la duquesa del cuento fué en suzanje al baile aristocrático que daba cierta noble matrona; en él estaba la esposa del marqués: se saludaron, y del paquete consabido hablaron. —«¡Mi querida duquesa! (dijo, con tono afable la marquesa) ¿cuándo me envía usted mis encarguitos?... (la interrumpida con jovial sorpresa): —¿Yo? ¿de qué me habla usted? —De mis manguitos! —¿Sus manguitos? ¡Jesús! ¡Amiga mía! ¡ay! sí, perdone usted... ¡picaro olvido! al verla á usted aquí, yo me desía, y explicarme las dudas no podía... —¿Yo tengo no sé qué de su marido! De mañana no pasa; ¡tendrá usted los manguitos en su casa!»

V.

A los dos ó tres dias, la marquesa un día recibió de la duquesa, que para esto de lios ¡carambola! siempre se pintó sola. —«Los manguitos? ¡Pues claro! Tres manguitos, tres pellejos muy tocosos y feitos que to mismo servian para gorros, y que, por un un descuido, entre los forros guardaban estas raras etiquetas: *Le Bon Marché—MADRID—VEINTE PESETAS.* Lances como este son extraordinarios, pero no necesitan comentarios.

BRINCOS.